

me hallase allí y llegase a sospechar... ¡Oh!, ese papel que está en su poder y con el cual me ha amenazado varias veces será entonces un arma terrible. Pero no, nada descubrirá, ni la misma doña Inés llegará a saber que he proferido la menor palabra, porque yo se lo exigiré así a don Emilio.

Y Elisa quedó abismada en sus pensamientos.

La noble idea de salvar a Clotilde preocupaba de una manera absoluta su agitada mente.

¿Cuándo debía presentarse a don Emilio para revelarle el secreto, sin que la hermosa Inés ni el doctor advirtiesen su llegada?

Esto es lo que ella misma no sabía.

En aquel momento marcaba el reloj de la parroquia las once de la noche, y la esposa de Diego, sin atreverse a resolver definitivamente nada, se dirigió a su alcoba para descansar de las penas y emociones de aquel día.

CAPITULO V

Marchar de acuerdo

Han transcurrido algunos meses desde que tuvo lugar el diálogo que llevamos referido en nuestro capítulo anterior.

Willey acaba de entrar al gabinete de Duval, y con rostro risueño le dirige algunas palabras, que llevan la alegría al corazón del segundo.

Duval le estrecha la mano, y señalándole un asiento en el sofá, le dice respirando el más alto placer:

—Pero ¿está usted seguro, señor Willey, de que los conspiradores se reunirán en el sitio que me acaba usted de decir?

—Segurísimo.

—¿Y de que concurrirán Núñez y Leopoldo?

—Sí, señor.

—Siendo así, todo se presenta como usted se lo esperaba para deshacernos de ambos, sin necesidad de derramar sangre por nuestra propia mano.

—Sin duda; el Gobierno se encargará de hacerlo al aprehender a los conspiradores.

—¿Y el pronunciamiento se trata de hacer solamente porque el actual Gobierno está por la libertad de cultos y ataca las creencias católicas?

—Precisamente.

—Pero usted ¿cómo ha llegado a saber el punto de que tratan en esas reuniones?

—Porque uno de los que conspiran me lo cuenta todo, creyéndome adicto a la causa.

—Magnífico.

—Así es que llegan a mis oídos hasta los más ligeros incidentes que tienen lugar. Hace pocas noches que algunos de los conspiradores indicaron el temor de que se les acusase algún día de haber promovido una revolución en los momentos solemnes en que los norteamericanos amenazan la independencia del país, y de haber introducido la desunión cuando el ejército marcha a defender las fronteras. «Yo no temo esa acusación, contestó Núñez, porque apelo a la conciencia de todos los ciudadanos. La religión es el núcleo salvador de los mexicanos: el lazo indivisible que los une a una misma familia, para defender compactos y como un solo hombre, los más caros afectos del alma: la enseñanza levantada en Dolores para proclamar nuestra independencia; atacar, pues, a la Iglesia, como lo hace la actual administración, es introducir la desunión en las familias, romper el lazo social que nos hace fuertes, introducir la duda y hacer menos odioso al enemigo extranjero que viene a combatirnos. El lazo religioso ha sido siempre fecundo en gloriosos resultados: él engendró en los pechos españoles rasgos de generosidad y de heroísmo, que echaron por tierra el poder colosal de Napoleón el grande. La inmortal Zaragoza no tenía ni espesas murallas ni soldados aguerridos; pero tenía a todos sus habitantes unidos por el lazo sacrosanto de la religión; lazo fraternal que no exceptúa clases ni colores, que establece la verdadera igualdad en todos los individuos, y este lazo hizo inexpugnable aquella ciudad abierta, que produjo en cada hijo un héroe, y en cada héroe un mártir de la patria. Sigamos, pues, ese noble ejemplo; combatamos el elemento disolvente que el Gobierno ha iniciado; reunámonos alrededor del estandarte de las tres garantías, que simboliza unión, independencia y religión, y el triunfo es indudable. No olvidemos que nuestra conspiración reconoce dos causas justas: el elemento de unión en nuestras creencias religiosas, y arrancar a los seres que amamos, de las garras de los que, escudados con la tolerancia de los gobernantes, han vertido la amargura en nuestros corazones.»

—¿Y cómo fueron acogidas esas palabras?

—Con frenético entusiasmo, con verdadero ardor bélico.

(dispuesto para deshacerse de Núñez y de Leopoldo, en tan que Duval quedaba entregado a las más dulces esperanzas de alcanzar la posesión de la mujer que amaba.

CAPITULO VI

El Santuario de Guadalupe

Cuatro días hace que vimos al doctor y a Duval entregados al diálogo que dejamos consignado en el capítulo anterior.

Las últimas sombras de la noche cedían su lugar a la clara luz de la rosada aurora, que se presentaba en el Oriente, recorriendo el blanco cortinaje de su alcázar.

Pero ¿qué anuncian esos repiques y esos cohetes con que saluda la suntuosa ciudad de México la luz primera de la aurora? ¿Qué anuncia ese murmullo de la gente, esa animación que se advierte por todas partes? Es que ha llegado el memorable día en que se celebra la portentosa aparición de la Virgen de Guadalupe; que brilla la luz del doce de diciembre, y que, desde las primeras autoridades de la nación, hasta el más humilde ciudadano, se preparan a partir hacia el magnífico Santuario que se levanta a una legua de la ciudad, y que es uno de los más célebres y conocidos del mundo.

México, en estos momentos se presenta con todos los encantos, riqueza, alegría y hermosura que distinguen a las principales capitales de Europa.

Nadie diría que esa bella ciudad, donde todo respira en este instante, vida, lujo, animación y contento, ha sido durante la larga serie de revueltas que la han afligido teatro de lágrimas, de sangre, de luto y dolor.

El repique de las campanas, cuyas sonoras lenguas rasgan el aire en las cien iglesias que cuenta; el continuo estruendo de los cohetes voladores que desde las azoteas de todas las casas despiden los vecinos, y el relincho de los corceles en que recorre las espaciosas calles la elegante juventud mexicana, dan a la ciudad una animación y un tinte que cautivan.

Todo es vida y movimiento. Millares de carruajes, desde la dorada carroza particular, hasta el más anticuado vehículo de alquiler, sin excepción de carros y carretones, van apretados de gente, que concurre a la fiesta.

No hay una sola familia que no se disponga a partir al

suntuoso Santuario de Guadalupe, en que la Madre del Salvador escucha amorosa los ruegos del afligido, las acciones de gracias del consolado, y las alabanzas de todos.

El día de Nuestra Señora de Guadalupe es, para los mexicanos, uno de los de más celebridad.

No es, pues, de extrañar, que en medio de las penas, de los conflictos y de las aflicciones que deben pesar sobre una sociedad tan trabajada por las sangrientas revoluciones, se dirijan sus individuos, llenos de fe y confianza, a pedir a la Virgen su celestial amparo.

La Religión es el bálsamo consolador de las almas; y los mexicanos que se distinguen por su religiosidad entre los pueblos más católicos, acudían en tropel en ese día, a procurar el remedio que pusiera término a los males de unos, y a pedir la prosecución de las felicidades de los que se juzgaban venturosos.

La explicación de ese afán que los mexicanos tienen en visitar el célebre Santuario, es sencilla, y la fastuosidad con que celebran la fiesta religiosa que nos ocupa, muy digna de conocerse.

He aquí la sencilla tradición que dió origen a la magnificencia del grandioso Santuario a que va a seguir el lector, por un momento, a varios personajes de mi historia, y que, alcanzando de día en día mayor culto, ha dado a la Villa de Guadalupe, situada al Norte, en un terreno árido y estéril, que forma contraste con la exuberancia del sorprendente valle de México, una importancia, una vida y una riqueza que exceden a las ventajas de los pueblos más favorecidos por la naturaleza.

Aun humeaba la sangre de los guerreros aztecas y españoles; aun se descubrían en las campiñas las huellas que deja el hierro en los combates, cuando se realizó el prodigio que debía derramar en la raza recién conquistada, los consuelos de la religión, y que dió origen al expresado santuario.

Voy a dar a conocer la sencilla exposición de ese hecho que cambió de repente la faz de la sociedad del antiguo imperio de Moctezuma, y que dió origen al suntuoso templo a que asisten el día 12 de diciembre los mexicanos.

Juan Diego era un indio, natural del pueblo de Cuautitlán, que acababa de abrazar la religión católica y que robaba algunas horas al trabajo para ir a Santiago «Tlalatlulco» a escuchar la doctrina de los religiosos franciscanos, que administraban entonces la parroquia. Un día en que, como de costumbre, atravesaba el punto árido llamado «Te-

pelyecoaczol», que significa «nariz del cerro», oyó una dulcísima armonía, y volviendo asombrado los ojos hacia el lugar de donde aquélla partía, descubrió un arco iris de bellísimos colores, y en medio de blancas nubes, la mirífica forma de una celestial mujer, vestida de la manera con que lo hacían las ricas y nobles indias antes de la conquista. Juan Diego, como impulsado por una fuerza misteriosa, se acercó a ella sin temor, aunque con respeto, y oyó, sorprendido, de los lindísimos labios de aquel sér, cuyo mórbido cuerpo estaba cercado de cierta espiritualidad arrobadora, que era la Madre de Dios; que deseaba se le erigiese allí mismo un templo, que dispensaría su amor y protección a todos los que en ella buscasen alivio a los padecimientos, y que partiera inmediatamente a México a dar parte de todo al Obispo.

Juan Diego cumplió con lo que se le había ordenado; pero el digno prelado fray Juan de Zumárraga, creyendo que todo era una visión quimérica del indio que acababa de dejar la idolatría por la verdadera religión, no dió crédito a sus palabras. El sencillo azteca refirió a la Virgen lo poco airoso que había salido de su comisión, y habiéndosele aparecido otras veces, sin que Juan Diego lograra mejores resultados de sus entrevistas con el Obispo, resolvió no volver a pasar por aquel sitio. Tomada esta determinación y viéndose precisado a ir por un confesor que auxiliara a un tío que tenía, llamado Juan Bernardino, el cual se hallaba gravemente enfermo, se desvió del camino para no hallarse con la celestial Señora; pero saliéndole ésta de repente al encuentro, le aseguró que su tío estaba ya enteramente sano, y le ordenó que subiese a la cumbre de aquel árido cerro, que sólo producía espinas y maleza, recogiese en su tilma (tejido muy abierto hecho de hierbas), variadas flores, y se las presentase al señor Zumárraga, en señal de la verdad de sus palabras.

Juan Diego, a pesar de que sabía muy bien que en aquel cerro no se criaban, no digo flores, pero ni hierba, obedeció; y con asombro suyo vió la cumbre cubierta de las más exquisitas rosas, que afanoso colocó en su «tilma», partiendo en seguida a verse con el ilustrado Obispo. Este, a las repetidas instancias del indio, salió del salón, acompañado de algunos respetables sacerdotes y familiares. El catecúmeno extendió entonces su «tilma» para mostrar las flores, y apareció grabada en aquélla la portentosa imagen de la Madre del Salvador, con tal perfección, con belleza tanta,

que el ilustre prelado y cuantos le acompañaban cayeron de rodillas ante aquel prodigio.

Este suceso acaeció del 9 al 12 de diciembre de 1531, a los diez años y cuatro meses de la conquista, siendo Pontífice Clemente VII y Rey de España el Emperador Carlos V.

Tal es la piadosa tradición que ha ido pasando de una generación en otra, y que ha dado a este Santuario un nombre y una importancia de primer orden.

El Obispo Zumárraga, deseoso de cumplir con uno de sus más grandes deberes, hizo construir a sus expensas una ermita en el cerro de «Tepeyacac», a donde fué llevada la imagen, en procesión solemne, el año de 1533. Por espacio de noventa años, permaneció la Virgen en ese primer templo; pero habiendo ido creciendo de día en día la devoción hacia esta portentosa imagen, se colectaron muchas limosnas, y se dió principio a la hermosa catedral que hoy existe, la cual se bendijo en noviembre de 1622, y en cuya obra material se habían gastado hasta entonces «ochocientos mil duros», sin contar con un tabernáculo de plata que regaló el Virrey, Conde de Salvatierra; sesenta lámparas, también de plata, y otros muchos y ricos objetos del mismo apreciado metal.

Si agradable es este sitio por los recuerdos religiosos que despierta, no lo es menos por los que pertenecen a la historia de la conquista. En él estuvieron asentados los reales de Gonzalo de Sandoval, uno de los más valientes capitanes de Hernán Cortés, durante las sangrientas escenas de la guerra que precedieron a la toma de la capital azteca. La independencia la proclamó el cura Hidalgo en el pueblo de Dolores el 16 de septiembre de 1810, haciendo tremolar el estandarte en que se veía una copia de la Virgen de Guadalupe. En octubre de 1721, instituyó Iturbide, primer emperador mexicano, la orden mexicana de Guadalupe, y, por último, en esa villa se celebró el importante tratado de paz entre México y los Estados Unidos, que se concluyó en 2 de febrero de 1848.

A este sitio, pues, de gratos recuerdos, concurría en número infinito, en los instantes que nos encuentra la historia, la población de México y los indios de los pueblos comarcas.

La gran ciudad quedaba solitaria, y sus habitantes, a juzgar por el afán, la alegría y el bullicio de que estaban animados en aquel instante, parecían emigrar a una región encantadora que les brindaba con los goces y la felicidad.

Los coches de alquiler, que siempre tienen un sitio fijo donde esperan al que quiera ocuparlos, en esos momentos, los toman por su cuenta los aurigas que recorren los puntos más concurridos en que la gente está en espera de algún carruaje, que los cocheros, aprovechándose de aquellas favorables circunstancias, hacen pagar a subido precio.

Pero, ¿a quién pertenece esa brillante carroza, colocada en medio de ese espacioso patio, dispuesta a salir tirada por dos fogosos caballos blancos que tascan impacientes el freno, arrojando de sus abiertas bocas esponjados copos de nevada espuma?

Un elegante cochero, vestido de lujosa librea, fino sombrero y guante blanco, está sentado en el pescante teniendo con ambas manos las lustrosas riendas.

Un negrito, como de dieciocho años, despejado y vivo, vestido de la misma manera, y que sin duda es el lacayo, permanece quieto al lado de la portezuela, como en espera de algún personaje, y dispuesto a abrirla en el instante en que se presente.

Con frecuencia levanta la cabeza y dirige la vista hacia el espacioso corredor que, provisto de lujosas macetas llenas de exquisitas plantas, remeda un pensil aéreo, para ver si asoma la persona que sin duda espera.

De repente se oyó el ruido de una puerta vidriera que se abría.

Era la de la sala que comunicaba al corredor.

A poco apareció una hermosa y elegante señora de maneras distinguidas, y detrás de ella un caballero dando el brazo a una joven bella y pálida, que apenas podía sostenerse en pie.

En su abatimiento y debilidad se cree distinguir el estado de postración en que queda el individuo después de haber triunfado de una grave enfermedad. Pero fijando detenidamente los ojos en ella, no se descubre en su ovalado rostro, blanco y apacible como el disco de la luna, la terrible huella que imprimen padecimientos físicos, sino más bien el dulce tinte de la melancolía originada por los sufrimientos morales.

A corroborar esta última opinión contribuye la frecuencia con que se la ve llevar la mano al corazón, y alzar al cielo sus grandes y serenos ojos, enviando una blanda y virginal mirada demandando piedad y compasión para sus penas.

Sin embargo, una ligera tos que le asaltaba de vez en cuando, obligándola a llevar el pañuelo a la boca para con-

tenencia, indica que, si bien es cierto que no ha tenido que luchar contra una de esas enfermedades que destruyen de un golpe la naturaleza, sí ha padecido o padece en su salud una de esas alteraciones que, sin dejarse sentir con estrépito y violencia, se esconden silenciosas, pero profundamente, en el pecho, como el gusano roedor que se oculta dentro de la fragante rosa que ostenta el mundo sus colores, y siente la muerte lenta, pero segura, en el corazón.

La joven separó el blanco pañuelo de su linda boca teñida con una leve ráfaga de sangre, impresa por la temática tos en el cándido lino.

—¡Siempre sangre! —dijo con tristeza el caballero en que se apoyaba la joven—. Las medicinas de hoy son tan ineficaces como las de ayer.

—¡Las medicinas! —exclamó la enferma con débil y suave acento, dejando asomar a sus pálidos labios una sonrisa de incredulidad y de resignación—. ¡Nunca he abrigado la lisonjera esperanza de que podrían proporcionarme algún consuelo! ¡Dios solamente conoce la intensidad de mis dolores y sólo El puede hacerlos desaparecer de mí para siempre! Ved ahí por qué en vez de recurrir a las medicinas de los hombres, recurro a la oración en demanda del remedio eficaz de mis dolencias. Ved ahí por qué cuando me resisto a tomar lo dispuesto por los facultativos de la tierra, me dirijo al Santuario de Guadalupe, a pedir a la consoladora universal, a la Madre de los afligidos, a la Virgen sin mancha, una mirada de ternura y de amor que inunde de dicha mi existencia.

—Y yo uniré mis ruegos a los tuyos, hija mía —contestó la otra hermosa mujer acercándose a la joven—; porque yo, lo mismo que tú, querida Clotilde, espero de la Emperatriz del cielo el eficaz alivio a tus padecimientos.

La campanilla que anunciaba que alguno subía la escalera, interrumpió el diálogo.

El caballero que daba el brazo a la joven hizo un gesto de disgusto temiendo que vinieran a interrumpir su salida.

En aquel momento apareció Duval en la puerta de la escalera, y saludó respetuosamente al interesante grupo.

Clotilde se puso aún más pálida, y creyó desfallecer; pero Inés voló en su ayuda, y ofreciéndole su brazo, la sostuvo.

Don Emilio, pues no era otro el que acompañaba a la joven, suplicó a ésta que le esperase un momento, y se dirigió a Duval, tendiéndole afectuosamente la mano y suplicándole pasase a la sala.

—Lo haré; pero sin que sea largo en mi visita. Veo que

ustedes van a salir, y procuraré ser conciso en el asunto interesante que me trae.

No bien penetró en la sala seguido de don Emilio, cuando, sin querer tomar asiento siquiera, le dijo:

—Vengo a salvar a usted de un peligro próximo y de una lamentable desgracia a su familia.

Don Emilio se sorprendió.

—¿Qué quiere usted decirme con eso?—preguntó con marcada inquietud y sobresalto.

—Que no asista usted a la reunión que tienen en Guadalupe los que conspiran contra el gobierno.

Don Emilio se puso pálido, y dijo con voz balbuciente, dejando ver en su rostro el espanto y el terror:

—Yo no conspiro...

—Pero está usted a un paso de conspirar; lo sé, y, por lo mismo, vengo a prevenirle que el gobierno tiene noticias de esa junta que los descontentos celebran hoy en la Villa, y que no concurra usted a ella, aunque le han suplicado a usted que no falte. No ignoro que tratan de comprometerle a usted a que tome parte en la revolución que hace tiempo se fragua; pero ya que hasta ahora no se ha resuelto usted a cooperar a la caída de la actual administración, no prevarique usted de su prudencia en el instante que más necesidad hay de ella.

Don Emilio iba a contestar, pero Duval lo interrumpió diciendo:

—Para probarle a usted que estoy al tanto de los más insignificantes pormenores, le diré que aun ignora usted los nombres de las personas que hoy deben reunirse, excepto el de una a quien consagra usted una verdadera amistad, y de la cual se han valido para alcanzar la promesa de que concurrirá usted hoy a la junta.

—Veo que todo lo sabe usted; y negarle que estaba dispuesto a ir a la reunión, sería no corresponder con franqueza al notable servicio que acaba usted de prestarme.

—Sabe usted que el gobierno tiene agentes que se introducen en todas partes, fingiendo odiarle a muerte. Pues bien; uno de ellos, que concurre a las juntas secretas, lo ha descubierto todo, y la policía caerá sobre los conspiradores en el momento en que estén reunidos en la casa que con este objeto han tomado en la Villa.

—¿Y no sería conveniente avisarles a todos del peligro que los amenaza?

—Eso equivaldría a que la persona que me ha confiado el secreto, me juzgase adicto a los conspiradores. Además

de que ya sería tarde para ello; deben encontrarse en este instante reunidos, y cercada la casa por agentes de policía disfrazados.

—¿Qué fatalidad!

—Sólo a Leopoldo, por un rasgo de generosidad que he querido usar con él, he tratado de salvarlo; pero había salido para la Villa, y no he podido verlo.

—¿Cómo! ¿Leopoldo es también de los comprometidos?

—Es uno de los principales. Deseaba probarle que soy su admirador y amigo, a pesar de que me disputa la mano de la hermosa Clotilde; pero, repito, que no he podido encontrarlo en ninguna parte.

—¡Ah! ¡Si llegase a oídos de Clotilde esta noticia, se moriría de pena sin duda!

—Por eso es preciso ocultársela, y si se la he comunicado a usted ha sido para que en cualquier tiempo se sepa que nunca sofoco los deberes de la humanidad a las exigencias del bastardo egoísmo ni del necio amor propio.

—Lo sé muy bien.

—Pero esperan a usted las señoras, y yo he terminado el asunto que me traía. Adiós, don Emilio —dijo estrechándole la mano—; diviértase usted, pero no concurra a la junta de los conspiradores.

—Se lo prometo a usted, y le doy las gracias por su salvador aviso.

—He cumplido con el deber de amigo.

—Y yo trabajo por corresponder a sus pruebas de sincera amistad, procurando inclinar el corazón de mi pobre protegida en favor de usted.

—¡Oh! Esa empresa es muy difícil.

—Pero no imposible.

—De todas maneras, siempre viviré agradecido al empeño que usted se ha tomado por mi felicidad.

—Es que no olvido nunca que a su generosidad debo los bienes de fortuna que había perdido.

—Y yo debo a la bondad que tuvo usted en admitir mi oferta, el bien más grande que existe para el hombre: la satisfacción del alma.

Landeta le estrechó la mano con expresión de gratitud.

Duval correspondió con otro apretón, y le dijo en voz baja:

—Le pido a usted que no acuda al sitio en que se reúnen los conspiradores en la Villa.

—Lo haré así.

—En cuanto a Leopoldo, haré lo posible por encontrarlo antes de que se dirija a la casa en que celebran su junta.

—Pero ¿está usted seguro de que es uno de los conspiradores?

—A no dudar.

—¡Oh! Es preciso ocultárselo a Clotilde.

Duval, al pasar por el corredor acompañado de Landeta hasta la puerta, saludó a las señoras y desapareció.

Don Emilio, preocupado con lo que acababa de oír, se acercó con aire distraído a Clotilde, le dió el brazo y, ayudado de Inés, que sostenía el otro de la joven, bajaron la escalera y se dirigieron al coche.

El negrito lacayo, al verlos cerca, abrió la portezuela con una mano, mientras con la otra se quitó el sombrero hasta que entraran.

Clotilde, ayudada de Landeta, subió al carruaje con alguna dificultad; en seguida subió Inés y tras ella don Emilio.

El negrito cerró de golpe la portezuela; recibió, siempre descubierto, algunas instrucciones, que comunicó al cochero; se colocó luego detrás de la carroza; el auriga templó las riendas, dió con el látigo a los briosos caballos, y poco después el carruaje rodaba con extraordinaria rapidez por el ancho pavimento de las hermosas calles que están en dirección de la Villa de Guadalupe.

CAPITULO VII

Sigue el Santuario de Guadalupe

En los momentos mismos en que el carruaje de Landeta marchaba con admirable velocidad hacia el hermoso Santuario de Guadalupe, que se levanta a una legua de la capital, los habitantes todos de México se dirigen al mismo punto, dejando desierta la ciudad.

Millares de carruajes de todas formas y categorías, amenazando atropellar a los pedestres transeuntes, se lanzaban fuera de la bulliciosa ciudad.

Las dos calzadas que conducen de México al magnífico Santuario, se veían cubiertas de un gentío inmenso. Allí, buscando la sombra de los árboles y respirando una atmósfera de polvo que levantan los caballos, marchan multitud de personas a pie y formando distintos grupos, rezando en todo el camino. Las señoras mayores son las

que hacen cabeza en el rezo, que dura hasta llegar al templo, interrumpiéndolo con frecuencia con la pregunta: «¿A quién miras, niña?», dirigida a algunas de sus hijas, al verla de vez en cuando y con disimulo, fijar los ojos en un joven que en otro grupo va también rezando al lado de su anciano padre, y sin apartar la vista de la consabida niña. Allí, otras personas del bajo pueblo, más devotas del dios Baco que de la oración dominical, acuden a cada instante al irresistible reclamo de los vendedores de pulque, los cuales, colocados en varios puntos del camino, gritan con ronca y destemplada voz: «Onde va la «chica»; pase, amito, cuántas lecho; dónde va l'otra.»

Otros caminan de rodillas desde México al Santuario, para cumplir con alguna promesa hecha a la Virgen en alguna aflicción o grave enfermedad, y al verlos marchar sobre las cortantes piedrecitas, la gente, que, generalmente es religiosa y compasiva, se quita bien el rebozo o bien la frazada y la extiende en el suelo para que pasen por encima los penitentes, que, sin despegar los labios, continúan marchando de rodillas hasta entrar al mismo templo.

Entre tanto, el coche que conducía a don Emilio, Inés y Clotilde, caminaba rápidamente, dejando a retaguardia otros cien y cien carruajes de alquiler que caminaban con la pausa que los negocios de palacio.

Los carros y carretones cubiertos con frazadas que hacían las veces de toldo, iban llenos de alegre gente del bajo pueblo, que, al són de la animada «jaranita» (bandurria), entonaban las graciosas sonatas populares.

Multitud de jinetes de ambos sexos, vestidos con el airoso traje que en el país se usa para montar a caballo, cruzan en todas direcciones el camino sobre briosos corceles.

Los grupos de devotos prosiguen su jornada rezando fervorosamente.

Los pulqueros continúan pregonando el blanco licor extraído del vistoso maguey.

Los mendigos, sentados bajo los árboles que orillan la calzada, imploran con plañidero acento la caridad de los transeuntes.

Don Emilio, preocupado con la idea del peligro que corría Leopoldo, cuya vida le interesaba para no complicar los males de su protegida, marcha en silencio, reclinado en la testera del coche, meditando en lo que sería conveniente hacer en aquellas afflictivas circunstancias.

Desde que el contenido del cuaderno le aseguró de la